

dutos venía del río que en un punto la cava se comenzó a henchir toda de agua. Aspizel y los hombres que con él estaban se tornaron a subir al castillo, cerrando muy bien la puerta del postigo. La agua entrava tan rezia y con tanta furia que los que estaban dentro en la cava, como era de noche y no la veían, cuando la sentían estaban casi anegados; y era tanta la priessa que tenían a salirse que los unos caían sobre los otros, y muchos venían rodando desde arriba y caían en el agua, la cual, como cada hora iva más creciendo, los ahogava luego. Y así comenzaron a dar las mayores bozes y alaridos que jamás fueron vistos, que ninguno pensava escapar bivo; y así murieron más de quinientos, y los que salieron pensavan aver escapado del mayor peligro de la batalla. (III, cap. xvi).

El Soldán llegó a este tiempo ante el castillo con todos los que lo seguían, y como rabioso perro, viendo el estrago que tan a salvo avían hecho, se messava las barvas, y tomando toda la gente de pie, hizo traer muchas palas y açadones, y les hazía cavar y echar tanta multitud de tierra dentro de la cava que en dos días, por mucho que los de dentro resistían no pudieron tanto hazer ni estorvar que, como la gente era mucha, no la hinchiessen en muchas partes, echando pie-

dras y madera, de manera que sin estorvo del agua podían llegar a los muros [...] En tanto el Soldán hazía dar todos los combates que podía a la torre, haziendo cavar todos los cimientos y desbaratarlos para que cayesse; mas la torre era de una argamasa tan rezia y fuerte que muy poca mella hazían en ella, porque de arriba a los que andavan haziéndolo les tiravan piedras, las cuales, cuando más no podían, quitavan del mismo muro, que, haziéndoles mucho daño, a su pesar los hazían quitar afuera [...] Y siendo passados cuatro días que en la torre estaban, hizo aparejar para otro día tantos ingenios y artificios para derrocar la torre que tenían por muy cierto que sería imposible dexar de caer y matar a todos los que dentro estaban (III, cap. xvii).

Silvano lo hizo así, haziéndola en tres partes: la una dio al rey Tirses con dos mil y quinientos cavalleros, mandó seguir al príncipe Olivante, y a Darisio que fuesse con él; y los otros dos mil cavalleros tomó para sí, mandando que todos se pusiessen no en escuadrón, sino en ala muy estendida, porque los enemigos pensassen que muy mayor número de gente era, y que, cuando pareciessen, hiziessen el mayor estruendo y regozijo que pudiessen, para poner pavor a sus enemigos. (III, cap. xxi).

57. PALMERÍN DE INGLATERRA

(1547 y 1548)

por
Carlos Rubio Pacho

EDICIÓN: Adolfo Bonilla y Sna Martín (1908: reimpreso en Madrid, Miraguano, 1979). **ESTUDIO:** Roubaud (1975).

TESTIMONIOS

a) Libro I

[I] Toledo, Herederos de Fernando de Santa Catalina, 1547 (24 de julio). [→]

b) Libro II

[I] Toledo, Herederos de Fernando de Santa Catalina (a costa de Diego Ferrer), 1548 (16 de julio) [→]

TEXTOS

1. Palmerín consigue superar las aventuras de la Isla Peligrosa

Acabadas que fueron estas batallas, Palmerín entró dentro en el castillo sin nengún perjuizio. En el patio de abajo vio la manera de él, que era tan maravillosa quanto sus peligros fueron para espantar; todas las casas y torres estaban asentadas sobre pilares de jaspe de altura de diez braças; el patio cubierto de unas piedras verdes y blancas cortadas por un compás asentadas a manera de axedrés. En el medio de él avía unos caños de agua que subían para arriba con tanta fuerça, que allegavan a los más altos aposentos de la casa. Después d'esto el enmaderamiento era de una invinción tan nueva y sutil que no se podía comprehender en el juicio de ningún hombre el principio ni fin de él. Assí que todas las cosas que de la puerta adentro estaban eran dignas de muy gran loor, y algunas para espantar.

Palmerín, después de mirar aquellos hedificios por baxo, subió por una escala que iba a dar en una sala tan artificiosamente labrada, que todas las otras cosas que hasta allí viera le parecieron pequeñas en comparación de aquesta. A la entrada d'ella estava un gigante tan grande y espantoso quanto nunca viera otro, con una maça de yerro en sus manos de mucho peso, y viendo que Palmerín quería entrar en la sala, la esgrimió con un continiente tan temeroso que bastava a poner miedo en cualquier

otro cavallero. Mas como en Palmerín los d'esta calidad hiziessen poca imprisión, quiso passar adelante para acabar de llevar su aventura al fin que desseava, no se contentando de la mucha honra que aquel día avía ganado, pareciéndole que más deshonra es perder lo ganado, que honra ganar lo perdido. Puesto que allí no avía ya que perder para quien tanto avía ganado y porque no le quedase cosa nenguna por hazer, arremetió al gigante que puesto que parecía natural era artificialmente hecho, y dándole un gran golpe con su espada le hizo venir al suelo como cosa muerta y sin sentido que era. Luego, entró en la sala y después de mirar particularmente todas aquellas cosas d'ella, halló una puerta pequeña que salía a unos muy ricos corredores; de allí no avía salida para nenguna parte sino para otras casas que estaban de la otra parte de los corredores frontero d'ellas, y entre ellas y los corredores se hazía una balsa o badén tan hondo que era cosa para espantar mirarle. De aquel vadén salía un río de agua negra tan temerosa y triste que según la negrura y hedor que d'ella salía era para quitar el sentido de todo hombre que aquel olor oliese por que parecía la propia laguna que dizen de Aquerón, varquero del infierno. Sabréis que para passar d'estos corredores a la otra parte no tenía otra cosa sino una tabla tan angosta como dos manos, y allende de ser en sí delgada parecía estar en sí tan podrida y gastada del tiempo, que parecía no poder çufrir en sí ningún peso por pequeño que fuesse.

Palmerín, viendo que por ningún cabo podía passar en la otra parte, cosa que él mucho desseava, para ver todas la maravillas de aquella casa, y que aquella puente era muy peligrosa estuvo puesto en la mayor confusión del mundo. Mas como se le acordó que ya el emperador Palmerín, su agüelo, se avía ya visto en otra aventura como aquella y sólo en la determinación de los hombres está el acometer de las cosas, después de avelle passado todo por la fantasía, determinó de passar de la otra parte dexando todas las armas, que no passó sino con sola su espada, temiendo que con el pesso de las armas sería para mayor daño. Y poniendo el pie en la tabla y el corazón en su señora iva afirmando sobre el espada, mas como llegó a la mitad d'ella, comenzó a doblgarse para abaxo juntamente con sonar que parecía quebrarse por muchas partes, entonces se tuvo por del todo perdido y detiniéndose un poco dixo entre sí:

-Señora, si yo en las grandes afrentas espero vuestra ayuda, ¿en cuál mayor que ésta me puede ver mi ventura? La vida, si yo no la desseara para serviros, en poco tuviera perd'ella aquí; esta vez la quita d'este peligro y después ordena alguno de vuestro servicio en que yo la pierda y entonces vos quedaréis servida y yo contento.

Entonces tornó a caminar por la tabla tenido tan poco sus meneos como si caminara por una puente muy segura; aún no fue bien de la otra parte, cuando salió a los corredores una vieja, en su parecer de gran hedad, descabellada, el rostro rascañado, diciendo:

-¡Qué me aprovecha mi saber, si tantas vezes ha de ser destruido por un solo cavallero!

Y echando mano de Palmerín, por llevalle tras sí, se echó en aquel hondo río donde hizo el fin que sus obras merecieron; mas Palmerín se tuvo tan bien

en sus pies, que no le pudo menear, de donde estava quedando espantado de lo que viera. Y entrando por las casas, no halló otra gente sino mugeres y personas de servicio, a quien preguntó por dónde se servían para abaxo. Ellas se lo mostraron y luego mandó llamar por uno de aquellos hombres al cavallero con quien ovo la primera batalla. Vino a estar con él por una parte donde el río no se passava. Palmerín quiso saber el nombre del castillo y de la dueña que matara.

-Señor, -respondió él-, a vós no se puede negar nada; esta isla en que estáis se llama la Isla Peligrosa; algunos quieren afirmar que la gran sabidora Urganda la Desconocida fue señora d'ella y que aquí se encubría a todos y que por su muerte quedó encantada y esto, porque ninguno la poblase, dexando aquí estos palacios y una fuente que allá fuera queda de la manera que veréis. Y que esto sea assí, la razón lo muestra porque nunca en nuestros tiempos ni antes de nosotros vimos persona que supiesse dar nuevas d'esta isla, siendo cosa tan señalada para hablarse en ella sino fue esta dueña que se echó en el río que se llamava Eutropa, tía del gigante Dramusiando, de quien bien abréis oído decir; que por ver a su sobrino vencido por manos de un solo cavallero con todos sus guardadores y Don Duardos, con todos los otros príncipes sueltos, de lo cual llevaba gran lástima por ver que cosa que tanto deseaba. Y oviéndola traído a tan buen efeto suceder assí, se fue al Soldán de Babilonia para le hazer venir sobre Costantinopla y destruilla. Y porque en esto su intención no vino al fin que deseaba, como sabía este lugar, viéndose ya desesperada de los otros remedios, truxo consigo los tres caballeros que matastes, que eran de su generación y a mí con ellos, más por engaño que por voluntad, y asentando en esta tierra, desencantó esta isla con propósito de to-

dos los cavalleros que a ella viniessen de hazellos matar o prender para satisfacción de su desseo. Ayer prendieron aquí a uno, anoche otro, entramos de tanto prescio que primero que los venciessen vencieron a mí y a los otros dos.

-Los nombres de los tres cavalleros os suplico que me digáis, -dixo Palmerín-, y también me enseñá la prisión donde los pressos están para los sacar d'ella, pues aquí no ay más que hazer.

-El primero, -respondió él-, se llamava Titubante el Negro; el segundo, Medrusán el Temido; el tercero Forvolando el Fuerte. Si en alguna ora estuvistes en casa del emperador Palmerín aí los podríades ver.

-Yo los conocí muy bien, -dixo Palmerín-, y también conocí siempre d'ellos la intención dañada contra quien no lo merecía, por lo cual no me espanto venir a hallar en este mundo el pago de sus obras y en el otro no sé lo que será.

Luego se fueron a la prisión donde los otros estaban, adonde no avía allí más que dos por aver poco tiempo que Eutropa allí llegara, que si le durara más, bien pudiera ser que fuera allí otro passo peor que el de Damusiando. Mas Daliarte, que lo sintió, lo atajó con su saber trayendo el batel en que Palmerín fue a aquella parte donde le halló.

Pues tornando al propósito, Palmerín llegó a la prisión de Eutropa que era por debaxo del suelo tanto trecho, y por tierra tan oscura, como un tiro de ballesta.

-Agora creo, -dixo Palmerín al cavallero que con él iba, con una hacha en la mano-, que esto nunca fue de Urganda, porque su condición, según se dize, no consentía tratar a los cavalleros tan mal.

Y yendo assí platicando en el espanto que aquello le hazía, allegaron a unas rejas grandes a manera de puertas, y abriendo el cavallero un candado con que se cerravan, entraron dentro; vieron a los dos cavalleros en pie, como hom-

bres que esperavan cuando viessen gente que los viniessen a sacar, para otra cosa de lo que venían. Cuando Palmerín conoció que el uno era Belisarte y el otro Germán Dorliens, viéndolos tan cargados de yerros y en tal lugar, sintió muy gran pena y con esto se le rasaron los ojos de agua y mandóles luego quitar las prisiones. Díxoles Belisarte:

-Señores cavalleros, este beneficio mucho mejor estuviera por hazer, y fuera mejor dexallo para otra parte pues es para más daño nuestro.

-Señor Belisarte, -dixo Palmerín-, quien os mandó aquí meter no fue para os quitar tan presto las prisiones.

Entonces, quitándose el yelmo porque le conociessen, dixo Germán Dorliens:

-Ya yo, señor Palmerín, no se me da nada que me prendan cada día, pues allá quedáis vós para soltar a todos, según tenéis por oficio, de lo que Dramusiando puede ser buen testigo.

Passadas estas y otras palabras de mucho plazer, se salieron afuera; el cavallero que andava sirviendo mandó luego poner la mesa con que Palmerín fue contento porque Palmerín en todo aquel día no avía comido; no menos Belisarte y Germán Dorlines lo tenían necesidad, porque los que allí los metieron mayor cuidado tuvieron de aprisionallos, que no de darles lo que avían necesidad. Mas esto no era mucho, pues la necesidad enseña a los tiempos en que todo se ha de çufrir en especial cuando falta el remedio. (libro I, cap. 58).

2. Aventura en el reino de Francia: las aventuras de las cuatro damas

Puesto que este libro y la historia d'él sea de Palmerín de Inglaterra y de Floriano del Desierto, su hermano, como en el tiempo que ellos florecían

uviesse otros príncipes y cavalleros casi iguales con ellos en obras, y merescedores de se hazer memoria de sus acontecimientos, quiso el autor no dexar en olvido las obras de algunos d'ellos. Creyendo que haziéndolo assí, hazía cosa para le reprehender y culpar y también a las damas quitaría su precio, cuando por ellas o en su nombre, se hiziessen cavallerías y obras merescedoras de mucho acuerdo, y de saberse en todas partes. A esta causa le pareció bien escrevir algunas cosas que en aquellos días acontecieron en el reino de Francia a muchos cavalleros andantes, algunas a su plazer; otras al contrario, según la fortuna de cada uno las ordenava.

Y dize, que como en aquel tiempo la fama de la hermosura de Polinarda en Grecia, de Miraguarda en España, de Leonarda en Tracia, fuesse tanta que hazía escurescer y tener en poco todas las princesas y damas de los otros reinos, como Francia, entre los de los cristianos sea uno de los más principales y muy famoso por antigüedad de las obras, algunas damas d'él, que en parescer y hermosura pensavan proceder a todas, embidiosas de la fama ajena, ensobervescidas de su confiança, quexosas de los cavalleros franceses por cuya falta o flaqueza de amor les parecía que sus nombres no sonavan por encima de todos los otros. Juntadas quatro d'ellas en aquellos días, a todo el reino y corte donde en aquellos días hazían su habitación, pensavan que hazían ventaja a las otras, ordenaron entre sí una manera de aventura a donde muchos cavalleros andantes viniessen, y por combate y armas hiziessen prueba de sus personas en su nombre d'ellas, para que a costa de sangre de muchos, sus hermosuras tuviesen fama en todas partes. Estas señoras se llamavan Mansi, Telensi, Latranja, Torsi, cada una tenía su castillo de los nombres d'ellas mismas, para que por ellas

los viniessen a buscar de lexos. Paresce que fueron tan notables las obras y hechos que allí acontecieron, que de aquella antigüedad quedaron hasta agora los nombres a los mismos castillos, que hasta agora los ay en Francia.

Estas quatro señoras, servidas de muchos, no contentas de querer poner en rebuelta y a las otras de su tiempo en desprecio, tocadas de embidias unas de otras, quisieron que d'ellas quatro ne supiesse cuál era la que hazía ventaja a las otras. Telensi servía a la infanta Gratimar, hija segunda de Arnedos, rey de Francia, en su casa; más altiva, más sobervia, más valerosa que todas, tan confiada en su parecer, gracia y disposición, que lo despreciava todo. Mansi, Latranja y Torsi servían a la reina; cada una tocada de las mismas calidades que dixe de Telensi, usavan del mismo desprecio, sino quanto Mansi tenía de ventaja ser amada y servida del rey, con que algún tanto la sobervia y presumpción la señoreava. Mas d'estas quatro, siendo casadas las tres no por esso querían que las donzellas de su tiempo las hiziessen ventaja, pues en parescer y hermosura no se la hazían en ser servidas lo mismo, cosa que mucho se acostumbra y poco se estraña en Francia, y no es mucho guardarse, aun esta regla, pues es dolencia que viene de tan lexos.

Torsi, siendo donzella y por casar, pensava que esta calidad, allende de las otras, le hazían merecer más. Mas como entre ellas la embidia fuesse grande y la presumpción igual para prueba del merecimiento de cada una, ordenaron entre sí que ninguna se dexase servir de ningún cavallero sino con esta condición: que aquel que en nombre de alguna quisiesse seguir las aventuras, viesse a todas quatro, y vistas, escogese por señora aquella que más la voluntad le aficionasse, y la primera cosa que en su servicio hiciese, fuesse combatirse uno por uno

con cuatro servidores de las otras. Los cuales venciendo, avría por galardón llamarse cavallero de aquella por quien se combatió, y con este nombre no pudiese por el mundo seguir las aventuras, quedando su señora con vitoria de la más hermosa, haziendo las ventajas en todos los autos y cerimonias reales, vanidades que entre las mugeres más se estima y dessea, que como de su propia naturaleza sean soberbias y presuntuosas, pod'ello ser entre las de su tiempo, y poder usar de desprecio a quien con ellas bive, es para ellas el mayor precio que en esta vida se puede alcançar.

Ordenado este pacto y concierto con que se pensó hazer en Francia una aventura igual a la del castillo de Almaurol, como los hijos del rey que en las armas hazían ventaja a todos los del rey, no tuviessen las voluntadas prendadas en otra parte, gastavan el tiempo fuera de la corte, y no entraron en esta aventura. Germán de Orliens, como también sirviese a Florenda, hija mayor del rey, fue fuera de la cuenta d'ella. Los otros cavalleros franceses, como de su natural, el amor tenga poca parte en ellos, no uvo muchos que quisiessen seguir la orden con que cada una de aquellas cuatro señoras quería ser servida. Algunos que quisieron provarse en los peligros del aventura, viendo una de aquellas damas, vencido de su amores, dezía que en su nombre aventuraría su persona según el assiento de su postura; después, viendo la segunda, olvidávase del amor primero, y a esta hazía el mesmo ofrecimiento; mas viendo la tercera, olvidava las otras dos, y viendo la cuarta, perdía la memoria de las tres. De manera que el temor de cada una los apartava de la afrenta, diziendo que tal fuerça hallavan en el parecer d'ellas, que siempre la presente hazía poner en olvido las otras. Con este achaque, dexados los amores, se desviavan del daño que d'él les podía recrecer;

todavía algunos cavalleros que, vencidos del aguardador de Miraguarda, passavan la vida apasionada, quisieron provar esta aventura, y como algunos fuessen de su natural enamorados, unos por servicios de unas, otros de otras, huvo quien hiziesse batallas, mas nunca vino tal que venciesse a los otros.

Mucho tiempo duró esta contienda, sin ninguna d'estas cuatro señoras acabar de quedar en entero vencimiento, haziendo sobre ello persuaciones a cavalleros, como que Dios para tales obras las hiciese. Y porque también algunos cavalleros señalados de casa del Emperador tuvieron parte en los trabajos d'esta aventura, diráse alguna cosa d'ellos, que no será razón esconder las obras de ninguno, quando son tales que pueden ser exemplo a los que no las usan. Assí, que durando estos competimientos, la fama d'ellos se derramó por el mundo, que fue causa algunos cavalleros desfavorecidos en otras partes querer venir a tomar nuevos amores, y seguir nuevo cuidado, ganado o merecido con su trabajo. [...]

Estando la corte de Francia en la ciudad de París cuasi todo un verano, muchos cavalleros vinieron a ella, que se aficionaron al servicio d'estas señoras, haziendo en sus nombres justas, batallas y otras cosas que entre los enamorados se hazen, y las más vezes, los menos entremetidos en estas cosas eran franceses, que no repartió el amor tanto de sus dolores que sepan qué cosa es amor, ni ninguno tenga la afición tan biva que ella mesma los enseñe. Mas como de fuera viniessen muchos, el amor que allí los guiava los hazía sentir todos sus accidentes.

Gran sobervia acompañava a las señoras que de todas estas cosas eran causa, y la de Torsi mayor que de todas, porque las otras, allende de con su parecer querer aficionar, hazíanlo con buen tratamiento, el parecer alegre, a quien a su

servicio se ofrecía, que era cosa de más asegurar voluntades ajenas. Torsi, de más hermosa de presumpción, o de más cruel, todo su fundamento era en la esperanza y confianza de su hermosura, y como de ninguna otra cosa se quisiese ayudar, todo su parecer era acompañado de un desdén, desprecio y esencia, y sobre todo, olvidada de todos los servicios, y de la voluntad con que los hazían, alegrábase que no se dixesse por ella que con muestras apacibles atraía a sí voluntades ajenas. Sola en sí mesma confiava, y a la verdad, aunque esto parezca grave a quien sirve y ama la dama que por esta

vía obliga o aficiona, debe de ser tenida en mucho, pues cativando voluntades, la suya parece siempre que está libre.

Menos servidores tenía Torsi, a lo menos en Francia, que querían lo que ella negava, mas de estrangeros, los más se le aficionavan, que no podían negar el merecimiento del desprecio en que tenía a todo el mundo. Y quien tiene la presunción altiva y mala de contentar en caso tan dudoso, huelga d'esperimentar su fortuna, porque no ay vencimiento grande sino a donde el que se combate se desespera. (libro II, caps. 35-36 y 72, ff. lxxiiij^v-lxxv^v).

58. PALMERÍN DE OLIVIA

de ¿Francisco Vázquez)
(1511)

por
M^a Carmen Marín Pina

TESTIMONIOS

- [1] Salamanca, Juan de Porras, 1511 [→]
- [2] Salamanca, [¿Juan de Porras?], 1516 (22 de enero)
- [3] Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1525 (30 de mayo)
- [4] Venecia, Gregorio de Gregoris, 1526 (23 de noviembre)
- [5] Venecia, Juan Paduan y Venturin de Rufinelli, 1534 (agosto)
- [6] Sevilla, Juan Cromberger, 1536
- [7] Sevilla, Juan Cromberger, 1540 (15 de septiembre)
- [8] Sevilla, Jacome Cromberger, 1547 (28 de junio)
- [9] Sevilla, Jacome Cromberger, 1553 (22 de julio)
- [10] Toledo, ¿Juan Ferrer?, 1555
- [11] Medina del Campo, Francisco del Canto (a costa de Juan María de Terranova y Jácome de Liarcari), 1562
- [12] Toledo, Pedro López de Haro, 1580
- [13] [Évora], [Cristóbal de Burgos], 1581

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: n° 1870. **EDICIÓN:** Giuseppe di Stefano (ed.), Pisa, Università di Pisa, 1966 (el Centro de Estudios Cervantinos ha anunciado una reedición corregida). **ESTUDIOS:** Bognolo (1997), González (1998), Marín Pina (1996), Ferrario de Orduna (2000).